

cesor de la lucha por la independencia y vuelve a la tradicional descalificación de Aguirre como enfermo mental. Sin embargo, Galster detecta detrás del positivismo historicista y su pretendida objetividad nuevamente una visión parcial e interesada de la historia, que será moldeada por Jos con el fin de contribuir a la «grandeza de España perdida en 1898» (p. 377 ss.).

La recepción posterior de la rebelión de Aguirre se mueve entre estos dos polos: para unos, el conquistador de Oñate es un loco, para otros un libertador. Es esta ambigüedad que explica el enorme atractivo de este personaje histórico que se presta, según las necesidades, para su conversión en cruel y sangriento verdugo o noble e inocente víctima. La historiografía, sin embargo, —y esta es la conclusión final del libro—, no se debe plegar ante la oleada postmodernista, sino mantener la separación entre historia y literatura. El «poder de veto de las fuentes» (R. Koselleck) permite la identificación de la ficción, aunque el residuo histórico que queda siempre se encontrará, como el propio libro de Galster, sometido a la influencia de los intereses, vivencias y valores de su interprete, tal y como lo demuestra la catedrática alemana a lo largo de las más de 900 densas páginas de su interesante obra, a la que sólo haría dos objeciones. Se priva en exceso y con una meticulosidad a veces llevado al extremo el análisis textual de las fuentes, mientras que la contextualización de las diferentes obras y sus autores en su correspondiente marco histórico hubiera merecido un tratamiento algo más consistente. En segundo lugar una observación formal: aún para un lector dotado de una descomunal paciencia me imagino que la avalancha de las notas a pie de página que caracteriza todo el texto, resulta absolutamente indigestivo, aunque comprensible para una *habilitación* alemana. Estas críticas, empero, no quitan mérito a este excelente trabajo, cuya traducción al castellano es absolutamente recomendable tanto por su interés teórico y metodológico, como por la indudable calidad de la labor empírica.

*Ludger Mees*

VILAR Mar, *La prensa en los orígenes de la enseñanza del español en los Estados Unidos (1823-1833)*. Prólogo de Aquilino Sánchez Pérez. Universidad de Murcia, 1996, 273 pp. (21×14,5).

Los orígenes de la enseñanza del español en los Estados Unidos constituyen hasta el momento una temática prácticamente desconocida, quizás debido al amplio ámbito investigador de la propia filología hispánica. Pero si tenemos en cuenta que hoy en día es el segundo idioma en Norteamérica, se hacía poco menos que imprescindible un estudio de la génesis e implantación de la lengua de Cervantes en Estados Unidos, labor que viene a cubrir con creces la presente monografía de Mar Vilar.

A finales del siglo XVIII, en la recién estrenada nación norteamericana, resultaba poco menos que impensable el estudio y la enseñanza de la lengua española,

sobre todo cuando en los años previos a la independencia el idioma inglés hubo de dilucidar su supremacía como lengua oficial al alemán, entrando después en una fase de lógico afianzamiento. Pero dos circunstancias vendrían a hacer variar paulatinamente esta situación inicial:

Por un lado, las relaciones económicas entre las ciudades portuarias norteamericanas con las iberoamericanas propició la aparición y el uso de un español esquemático y comercial, capaz de facilitar las actividades mercantiles. Esto, si en un principio favoreció la expansión del español en los grandes centros neurálgicos urbanos de los Estados Unidos, a la larga le perjudicó, ya que hasta bien entrado el siglo XX se le vino considerando como una lengua apta para ser aprendida con escaso esfuerzo, sin otro incentivo que el meramente práctico o comercial.

De ahí que la mayoría de los centros educativos se decantasen por la enseñanza como segunda lengua del francés, el alemán e incluso el italiano. Sin embargo, se encuentran casos de gente culta, incluso de la clase política, que escribía, hablaba o siquiera comprendía nuestra lengua. Personalidades como Jefferson, Quincy Adams y Monroe, abogados pertenecientes a importantes familias comerciales, y algunos como Benjamin Franklin, a quien motivó exclusivamente el deseo de leer a los clásicos castellanos en su propio idioma.

Por otra parte, al iniciarse el siglo XIX se produjo una destacada emigración política hispanófila procedente de los nuevos países iberoamericanos, de Cuba y España. A partir de 1823, medio centenar de intelectuales hispanos se instalaron en el país norteamericano. Se trataba de liberales (de tendencias radicales) que veían en Estados Unidos la patria de la libertad y la democracia, frente a los regímenes típicamente liberales de la Europa occidental. Algunos de estos exiliados se insertaron de lleno en la sociedad ambiental, dedicándose a la enseñanza como actividad permanente para su mantenimiento, montando establecimientos propios o contratándose en los ya existentes como profesores de lengua francesa (idioma que dominaban), para introducir luego el español como lengua extranjera alternativa.

Estos docentes improvisados fueron los primeros en incorporarse como profesorado nativo en centros como Harvard, Columbia, Yale, Filadelfia, Baltimore, Charleston o Georgetown. Ellos mismos fueron también autores de textos gramaticales y de diccionarios, al tiempo que trabajaban como periodistas, traductores e intérpretes.

Estas consideraciones apuntadas sobre la utilización del idioma español durante el período 1823-1833 en Estados Unidos, hacen aún más valiosa la labor investigadora de Mar Vilar. Utilizando como base la Prensa, la autora realiza un pormenorizado estudio de la misma como vehículo de introducción, difusión y uso del castellano. Dibuja el mapa de consolidación de nuestro idioma como lengua culta en los planes de estudio norteamericanos en sus niveles medio y superior.

Asimismo tipifica la función política, no didáctica, de periódicos y revistas como eficaces instrumentos de difusión lingüística y cultural. Muestra la polarización de esta primera Prensa en tres ciudades, asiento de colectividades hispanas en el país: Nueva York, Filadelfia y Nueva Orleans. Aporta significativos datos

biográficos de los promotores de dicha Prensa que, en palabras de Aquilino Sánchez, constituían la avanzadilla de nuestra lengua, cultura y valores en la pujante nación americana.

Las fuentes inéditas analizadas (procedentes de archivos españoles y estadounidenses) aparecen complementadas con un notorio elenco de otras impresas, hemerográficas y bibliográficas, a las que hay que añadir un triple índice de láminas, onomástico y toponímico.

*Juana Martínez Mercader*